

# Necesitamos eurodebates nacionales

En Bruselas se ha dado un gran paso. Vuelve a proclamarse la salvación. ¿Pero cuánto durará? En los próximos días y meses, el futuro de la eurozona lo decidirá el veredicto de los mercados financieros sobre estas complejas medidas, que son las únicas en las que las distintas políticas nacionales de los diversos países europeos permiten a sus Gobiernos ponerse de acuerdo.

Un país tras otro, un Parlamento tras otro, todos están alzando la voz para decir: hasta aquí, y nada más. Pero, cuando un país insiste en una cosa, otro no puede tolerarla: el “debemos” de Alemania es el “no podemos” de Grecia; lo que es “esencial” para Nicolas Sarkozy es “imposible” para Angela Merkel; la línea roja de Eslovaquia es el mínimo imprescindible de España. Y cada día, esta cacofonía



TIMOTHY GARTON ASH

¿Esperarán los mercados mientras las democracias siguen discutiendo?

nía de democracias nacionales está en manos del superpoder transnacional de los mercados.

Esta semana he presenciado —en directo, en la pantalla de mi ordenador— dos debates parlamentarios fascinantes sobre Europa: uno, el lunes por la noche, en la Cámara de los Comunes británica, y otro que comenzó el martes a mediodía en el Bundestag alemán. A primera vista, el contraste era enorme: la madera barnizada y el cuero verde de los bancos, situados unos enfrente de otros, en el Parlamento de Westminster, contra los grises y azules fríos y modernos del hemisferio segmentado que constituye la sala de plenos del Bundestag; los anticuados trajes de rayas, las barrigas y los melosos tonos subchur chillianos de los euroescépticos *torres* contra los grises y azules claros, casi a juego con su entorno,

de los parlamentarios alemanes, que pronunciaban sus típicas y largas frases construidas como con Legos. Sin embargo, por debajo de todo, los dos debates tenían un tema común: la democracia.

El socialdemócrata y exministro de Exteriores alemán Frank-Walter Steinmeier dijo que la forma que ha tenido Merkel de tratar al Parlamento alemán durante la crisis del euro es “indignante”. Todos los oradores, incluido el líder parlamentario de los Verdes, se levantaron para insistir —a veces, golpeando el podio gris y azul para subrayar sus palabras— en que todos los nuevos compromisos financieros que haga Alemania para salvar la eurozona deben debatirse y aprobarse “aquí, en el Bundestag alemán”.

¿Qué es eso que oigo, un meloso “Sí, señor” desde las banca-

das de los conservadores británicos? En ambos sitios, está absolutamente claro que la autoridad democrática para respaldar las decisiones sobre Europa no procede del Parlamento Europeo, sino de los Parlamentos nacionales.

Y en ambos sitios, por detrás de la insistencia en los derechos del Parlamento nacional, se oye el ruido de tambores de la insatisfacción popular, expresada y aumentada a través de los medios de comunicación, pero también en los sondeos de opinión, las conversaciones que mantienen los diputados en sus circunscripciones, en el café, el pub y el bar de la esquina. Para no hablar del campamento montado frente a la catedral de San Pablo y la plaza de las protestas ante el Parlamento griego. Todos los

PASA A LA PÁGINA SIGUIENTE

# Negra y amarga leyenda

Debemos agradecer al historiador, profesor y crítico literario Jordi Gracia que nos haya puesto en solfa con su irritable y virulento panfleto *El intelectual melancólico*. Y aunque su violencia nos desconcierte, habrá que desear la mejor de las polémicas a la desaforada crueldad, la impaciente ferocidad y el descarnado espíritu de venganza con que el autor rehabilita al viejo y olvidado derecho natural a la furia.

En su orgullosa diatriba, Gracia zarandea sin piedad al intelectual melancólico que nos oprime con su juicio depresivo y esgrime alegremente las razones que lo dejan hecho unos zorros. Como no le importa el crédito social de su pesimismo y le traen al paio sus credenciales, Gracia denuncia con arrogante destemplanza su resentimiento y su malvada resistencia a reconocer las virtuosas conquistas de nuestro tiempo.

Niega el autor de este libelo que no sepamos gozar los logros de la alta cultura y niega que el vulgar analfabetismo se haya instalado en la cultura popular. Niega que la enseñanza se deteriore sin remedio y que en la universidad se doctoren los ignorantes. Niega que se hayan extinguido los grandes novelistas y que los jóvenes usuarios de las redes sociales sólo digan tonterías. Niega, que la nuestra sea una época decadente.

En realidad, afirma, nunca fue tan cómodo y masivo el acceso a libros inteligentes, documentadas bibliotecas, registros sonoros, archivos cinematográficos, maestros, profesores y catedráticos solventes, orquestas, teatros y museos y documentales televisivos que divulgan conocimientos extraordinarios entre el gran público.

La réplica de Gracia a los lugares comunes del intelectual rencoroso, al lamento que tanto



BASILIO BALTASAR

‘El intelectual melancólico’, de Jordi Gracia, niega que la nuestra sea una época decadente

respeto concita, no consiste tanto en demostrar el dinamismo de una sociedad que se alimenta de múltiples saberes, apetencias y habilidades, como en denunciar la farsa de una ególatra decepción.

Obcecado por el horizonte de grandeza que imaginaba para sí mismo, el intelectual ridículo al que Gracia sacude con implacable sadismo, es el que ya ha descubierto cómo se frustró el delirio de su ambición. En vez de aceptar el lugar que le asignan los demás, el intelectual resentido se *engorila* en su retórica catastrofista e imputa a la sociedad el fracaso que no quiere ver en sí mismo. Como clérigo rematadamente traicionado, tan solo le queda sostener el tremendismo de su enfado.

El discurso del panfleto es el

de un profesor liberado de su compostura docente y dispuesto a dar rienda suelta a la indignación que le inspira la injusticia cometida por los que deberían festejar las conquistas culturales de los últimos 30 años. Resulta obvio que al autor le molesta el celo con que los aludidos (y nunca mencionados) protegen la notoriedad de su patrocinio intelectual, pero sobre todo le duele sospechar que haya entre ellos alguna especie de odioso engreimiento clasista. Como si la crítica a los males de nuestro tiempo encubriera el desprecio por la exuberante creatividad con que la multitud se incorpora a los nuevos modos de consumo y creación cultural.

El panfleto de Jordi Gracia podrá leerse como un nuevo episodio de la clásica controversia

entre los libros antiguos y modernos, como una contribución a la disputa entre apocalípticos e integrados o como una renovación del género insolente que tantos disturbios literarios suele ocasionar. Es probable que cause una gran incomodidad y quizá sea inevitable el amargo sabor de boca que deja su lectura, pero la enérgica provocación del panfleto hará que sea más ecuánime a partir de ahora el juicio que dedicamos al estado de nuestra cuestión cultural.

Hay aspectos de su impetuoso razonamiento que suscitan cierto resquemor. Nos queda la duda sobre cuál será el verdadero origen del resentimiento intelectual, cómo se gesta, enquistada y prestigia. No sabremos decir si el optimismo sobornará nuestro indomable espíritu crítico. Si acaso la insatisfacción no es la trampa que nos tendemos a nosotros mismos para librarnos de los seductores espejismos de la actualidad. Si nuestra terca resistencia a celebrar la propaganda de un país que, a fin de cuentas, no estaba tan mal, encuentra hoy, en la catástrofe contemporánea, su plena justificación. Si el encanto del sentimiento melancólico, la dulce tristeza de la nostalgia, merecía ser asociado, aunque solo sea como estrategia narrativa, al ruin resentimiento.

*El intelectual melancólico* de Jordi Gracia es insultante y ofensivo, pero hay que comprender cómo nos concierne la recusación de su panfleto. Pues quizá sea cierto que preferimos ser los partisanos de una causa antes que ser los responsables de una cultura. El deber cotidiano carece de las estimulantes emociones épicas, pero probablemente convenga más a un país necesitado de orgullo y de una razonable dosis de confianza en sí mismo.

Basilio Baltasar es director de la Fundación Santillana.

## FORGES

